

Arielismo: ¿impulso o freno para América Latina?

por Romeo Pérez Antón

1.

El tema que se ha fijado a este panel gira en torno a una interrogante. La interrogante consiste en preguntar si una determinada noción, que naturalmente referiré de inmediato, es impulso o freno para América Latina.

Cuando se plantea algún tema de acción social en términos de impulso o freno como alternativas, no puedo dejar de pensar en el planteo clásico a esta altura de Carlos Real de Azúa, en relación con un actor y una acción social muy definida: el batllismo. Él lo formuló en términos de impulso y freno, pero no contraponiéndolos, un poco ingenuamente —¿fue impulso o fue freno?, ¿daba cuenta del impulso o del freno de la sociedad uruguaya de su época y de las posteriores?—, sino más bien buscando e identificando, creo que con éxito en el caso del análisis del batllismo de Real de Azúa, el freno en el propio impulso.

Impulso y freno no son necesariamente factores disociados; naturalmente, debe distinguírseles, pero pueden ser perfectamente representaciones alternas de un solo factor o de una sola línea u orientación de actividad.

Impulso o freno, entonces, para América Latina. La alternativa es de impulso o freno, pero también del freno en el impulso y del impulso en el freno. Y el

El autor

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Profesor en la Universidad de la República, la Universidad Católica del Uruguay, el Instituto Artigas de Servicio Exterior (Ministerio de Relaciones Exteriores) y el Instituto Universitario CLAEH. Presidente del Consejo Directivo del CLAEH.

tema refiere a la noción del arielismo. Antes de hablar del arielismo quiero subrayar que hay audacia en el planteo del tema del panel.

2.

En primer lugar, porque procura que refiramos al arielismo, y no es fácil referir al arielismo —ya vamos a ver con qué alcance es difícil y por qué es tan difícil—. Y en segundo lugar porque hay audacia al, por decirlo así, traer a juicio el arielismo, y justamente en la conmemoración de los cien años de su primer texto, aquel que da nombre a esta tesitura. Debe ser enjuiciado, hay que conmemorarlo enjuiciándolo, y enjuiciándolo en términos de eficacia en la promoción de una conciencia latinoamericana y un proyecto histórico, una política o sus contrarios, o sea, del fracaso de esas aspiraciones.

Me parece una muy buena manera de conmemorar, y especialmente de conmemorar a Rodó. No pude escuchar íntegramente la exposición de Alberto Methol Ferré; solamente escuché los últimos quince minutos. Por suerte conozco su pensamiento y puedo entonces reconstruir en parte lo que no pude escuchar. ¿Por qué aludo a su exposición? Porque quisiera apoyarme en él, en su autoridad para cargar de solemnidad la alusión de Rodó.

Rodó es la mayor proyección del Uruguay en los grandes espacios culturales y políticos del mundo. Tenemos que asumir esto: es la vigencia más gravitante, más duradera y más aceptada de las que han surgido en estas tierras, y en este agrupamiento y esta aventura oriental y uruguaya no hay ninguna de más amplio impacto y de mayor trascendencia.

No les niego valores a estas que voy a mencionar, pero quiero ser concreto. El impacto, la trascendencia de Rodó es superior a la de Artigas, es superior a la del batllismo, es superior a la del herrerismo, es superior a la de nuestra construcción democrática, que es el timbre de gloria más alto, seguramente, que tenemos como comunidad nacional, estatal, los orientales.

Rodó es no sólo aquello por lo que mayormente se nos conoce y se nos respeta, sino aquello a través de lo cual hemos codeterminado a otros en el continente y aun más allá del continente. Pongo nada más que un ejemplo de índole más bien literaria, pero es que con Rodó no hay más remedio que pasar permanentemente de la política a la literatura y al pensamiento más abstracto. Durante décadas Rodó fue el único escritor uruguayo de la colección de clásicos de Aguilar, y allí ha sido editado y reeditado profusamente, hasta el día de hoy.

Ahora, esta principal vigerencia que el país ha dado a los grandes espacios de interacción continentales y extracontinentales está, hasta el día de hoy, deficientemente asumida por nosotros mismos, por nuestro país. Oí apreciaciones

de Methol al respecto y naturalmente descanso en su autoridad. Pocas veces se dice entre nosotros todo lo que Rodó significó y sigue significando; a menudo lo oímos de quienes nos visitan y nos hacemos como los distraídos.

Este año, los cien de *Ariel*, el primer centenario, ha pasado relativamente inadvertido. La solemnización que se ha hecho de él es sospechosamente flaca, fragmentaria, mérito naturalmente para quienes, como la Universidad Católica y el Instituto de Historia, lo han hecho y signo para que todos nosotros nos interroguemos por qué pasa lo que pasa.

No estoy pensando —es parte de la explicación pero no la parte sustancial— en las pequeñas rivalidades que en vida cercaron a Rodó y que en su muerte persistieron más allá de todo lo justificable. No estoy aludiendo sola ni principalmente al hecho de que la repatriación de sus restos, con la unción que correspondía, fue obra de la sociedad civil de este país, no del Gobierno, no del Estado.

Estoy aludiendo a otra cosa, a una actitud que nos alcanza a todos y que todos debemos, creo, presentarnos como un problema de definición y de comportamiento. De tal manera que abordar las cosas de Rodó, superando los problemas que depara el hacerlo, es una de las tareas que con mayor asiduidad y energía debemos imponernos.

Nos toca entonces ahora, en ese cuadro, referir al arielismo. ¿Qué es el arielismo? Diría que hay una cuestión de la propia referencia a esta noción. ¿Es el arielismo el contenido del *Ariel* y el *Ariel* el único texto del arielismo? Creo que sería peligrosa esa equiparación, porque *Ariel* es un anuncio grandioso de un genio de 29 años, aún no cumplidos, pero solo un anuncio. Retomaremos esto un poco más adelante.

Es *Ariel* un compromiso estético, incluyendo la estética de las formas y la estética de las letras. Hay algo de eso, es una de las dimensiones, sin duda, de esta noción, pero el arielismo no puede sino ser mucho más que eso. Y así podríamos hacernos una serie de preguntas. El arielismo es esencialmente ambiguo o, quizás con mayor precisión, polisémico. Significa muchas cosas y probablemente signifique cosas distintas para la mayor parte de quienes lo invocan.

Ahora observen que, a pesar de su polisemia, de los malentendidos que puede generar, el arielismo constituye una referencia ineludible en muchísimos contextos, en muchísimas perspectivas. Por decirlo así, el arielismo existe, como existen las construcciones socioculturales; pero existe y existen mucho más allá del país. Es un componente de algo que podríamos llamar *conciencia latinoamericana* y todo lo que ella genera.

Existe, es una vigencia, ha pasado de generación en generación durante cien años, no es un asunto hundido en el pasado —me remito a la exposición anterior y a muchas otras de este ciclo—. En la pluralidad de significaciones,

entonces, cuando referimos a él no estamos aludiendo a quimeras o a construcciones antojadizas, estamos ante un asidero que conviene que identifiquemos y que le quitemos ambigüedad; no necesariamente pluralidad de significados, polisemia, pero sí ambigüedad.

Para hacerlo propongo un método: buscar el *mínimo* del arielismo. Entre todos sus significados y más allá de su oscuridad, creo que hay un mínimo en que podríamos coincidir con todos los que se han ocupado del tema. Creo que ese mínimo tiene que identificarse de la siguiente manera: no es una oposición entre la América sajona y la América Latina; se asocia a ello pero no es eso.

El arielismo es un alerta contra la nordomanía, contra la manía de imitación del norte, especialmente de Norteamérica, de los Estados Unidos de América —*nordomanía*, como ustedes saben, es un término de Rodó en el *Ariel*—. Un alerta contra la nordomanía, y no la comprobación de una oposición objetiva de América sajona contra América Latina. Un alerta, entonces, contra la imitación, la actitud imitativa del norte.

Para Rodó, fundado en la psicología, especialmente en la psicología social de su época, el concepto de *imitación* es una categoría de enorme trascendencia. No es lo que hoy nosotros manejamos como imitación, es mucho más que eso, mucho más comprometedor y más determinante. De modo que subrayo lo de la imitación y subrayo lo del alerta, imitación del norte y alerta contra ella.

3.

Vayamos al *Ariel*, que es sin duda un texto del arielismo. No me gusta que lo tomemos como el último texto, el definitivo del arielismo, como un epítome. No creo que lo sea: más bien es el proyecto del arielismo, pero no podríamos empezar de otro modo que leyendo el *Ariel*—y además, el conmemorar los cien años de su aparición nos lleva a esta obra.

¿Qué decir sobre el impacto del *Ariel* que ya no se haya dicho? Basta solo recordar todas las investigaciones que han calibrado, que han medido ese impacto.

Fue asombroso el impacto, absolutamente imprevisible. No era la obra de un escritor consagrado, ni siquiera de un escritor conocido. A la inversa: lo consagraría y lo volvería conocido en todos los rincones de América. Haría el milagro de que Rodó de ahí en adelante fuera un íntimo de todos los latinoamericanos angustiados, en búsqueda, con un mínimo de inquietud por las construcciones abstractas, del pensamiento general, del pensamiento abstracto. Lo haría llegar a España y entrar fuerte en la cultura española, a través de algunas elites, pero muy hondamente también. Ese Rodó que a la altura de *Ariel* era todavía tan injusto con las raíces ibéricas, de todo lo que era común y

lo que le importaba, ya pagaría esa deuda con creces en sus obras posteriores.

Se han formulado explicaciones para el impacto, sin desmedro de su impredecibilidad. Tengo que decir que he aprendido de Alberto Methol Ferré el significado de la celebración del cuarto centenario del Descubrimiento de América en 1892. Sin duda alguna, las resonancias duraban en 1900, cuando apareció *Ariel*. Pero entre el 92 y el 900 hay una fecha importantísima: el 98, la guerra de Estados Unidos con España, la pérdida de las últimas colonias españolas, etcétera.

En un sentido, Rodó integra la generación del 98. Por cierto que se ha llamado *generación del 98* a un núcleo español, pero hay una generación marcada por el 98 también en Hispanoamérica, y Rodó es probablemente el más influyente, el más profundo de sus miembros.

Creo que de las secciones del *Ariel* no hay que quedarse exclusivamente, cuando lo traemos a juicio en cuanto a su eficacia para el desarrollo latinoamericano, con aquella en que él perfila, caracteriza la sociedad norteamericana, se hace preguntas, la indaga y finalmente la juzga. Hay que leer eso, es el centro del texto arielista para lo que nos interesa, pero no se puede leer esa sección sin la anterior, porque en la anterior es donde se acuñan, y a veces se toman de otros autores, las categorías con las que Rodó va a analizar los Estados Unidos y su significación para los latinoamericanos.

La sección anterior es aquella en que centralmente Rodó asume la crítica que de la democracia ha hecho lo que podemos llamar la *alta cultura*; la mayor parte de los autores que más le importaban —un Carlyle, un Renan, y con ellos, otros—. A Rodó visiblemente lo conmueve el escepticismo hacia la democracia cuando la hostilidad, en nombre de los valores más selectos del espíritu —las acumulaciones culturales más valiosas, diríamos hoy— la exponen estos y otros autores.

Rodó percibe en el 900 la democracia como una práctica que respeta hondamente, pero de multitudes sin valores culturales destacados, principalmente de las multitudes que viven en los Estados Unidos, que se han integrado a los Estados Unidos. También observa experiencias democráticas en algunos países iberoamericanos o latinoamericanos, pero observa el mismo reinado de la mediocridad y por otro lado los altos faros de la cultura, que o son abiertamente antidemocráticos o recelan de la democracia, del igualitarismo democrático y de otras implicaciones de este ideal.

Rodó resuelve esa angustia replicando, refutando a muchos de sus guías intelectuales y morales; no acepta la crítica, termina pronunciándose a favor de la democracia, pero no es insensible, no despacha alegremente esa crítica. Salva a la democracia a través de una paradoja, porque dice: solo en la democracia es posible demoler las desigualdades que no son las de los talentos y

las del mérito moral; solo en la democracia se puede seleccionar el modo como la alta cultura intelectual y moral y de la belleza seleccionan; solo la democracia puede habilitar la aristocracia del espíritu. Todas las demás aristocracias vulneran o bloquean la selección de los mejores en el espíritu, no de los mejores en la riqueza, en la prosapia o según cualquier otro criterio. Y es en esta paradoja que él equilibra su ideal democrático: quiere una democracia que produzca la selección y reconozca a los mejores, quiere una aristocracia del espíritu en el seno de un orden político y social democrático.

A partir de allí encara la que él reconoce como la más plena, la más sólida, ya por entonces la más duradera, prolongada históricamente de las democracias: los Estados Unidos. Afronta entonces a los Estados Unidos desde la angustia de que una democracia que no produzca la aristocracia según el espíritu no puede pasar de la chatura de las sociedades ordenadas según la mediocridad, tomando como base la fuerza del número, la indiferencia de los *snobs* que proliferan en los ordenamientos democráticos. Es la democracia, es la sociedad de la novela realista y naturalista de su tiempo, que él recibe con admiración como denuncia, pero como denuncia de un estado de cosas inaceptable, respecto del cual hay que reaccionar irremisiblemente.

Para una sociedad fundada en la mediocridad, reacia a producir en democracia la aristocracia espiritual, él utiliza el término *utilitarista*. Una sociedad así es una sociedad utilitarista en su mejor versión. Pone el término *utilitarista* para no menospreciarla, o para no ser injusto con ella, y entiende que Estados Unidos es la plena realización del utilitarismo. *Utilitarismo* no lo toma Rodó en el sentido de la escuela utilitarista de la filosofía. Utilitarismo es el orden social, económico y político fundado en la realización de los intereses inmediatos y visibles, normalmente vinculados al crecimiento de los bienes tangibles.

¿Qué piensa Rodó de la democracia utilitarista por antonomasia, los Estados Unidos? Debemos ser sumamente precisos. Estamos en la sección norteamericana del *Ariel*, están contenidos allí todos los reconocimientos que normalmente los críticos de Rodó le imputan haber salteado o haber ignorado.

Rodó no ignora la maravillosa construcción institucional a partir de los *Papeles federalistas*, de los *Federalist Papers*, y toda la labor de desarrollo constitucional, democrático en Estados Unidos: la de la Ley, la de la Constitución, la de los tribunales. No la ignora, utiliza los adjetivos más enfáticos que uno pueda concebir para ello. Rodó no ignora la pluralidad cultural que Estados Unidos va incorporando permanentemente sin perder sus ideales políticos primarios y su capacidad de igualar, de igualar al menos en los derechos políticos. Rodó no ignora la dimensión religiosa de la convivencia estadounidense; al respecto tiene las palabras que él sabía usar cuando quería ser afirmativo, categórico, cuando quería subrayar.

No, Rodó tiene todos los reconocimientos que habitualmente se supone no

supo hacer al juzgar a Estados Unidos. Eso sí, están allí como infrarrepresentados, están aludidos, pero como de pasada. En un texto moroso, no excesivamente, pero moroso en un estilo que con maestría utiliza la reiteración, estos reconocimientos a veces cubren menos que un párrafo no demasiado largo y a veces son mencionados una sola vez. De tal manera que están, pero pesan relativamente poco, menos de lo que a mi juicio deberían pesar.

En segundo lugar, el enjuiciamiento de Rodó de la gran democracia utilitarista tiene una conclusión. El hombre de los finales abiertos, el escritor de esa maravilla que es el último párrafo de *Motivos de Proteo* —ese estatuto de la renovación, renovación de la verdad que el escritor pasa a otros—, ese maestro de los finales abiertos lleva esta sección del *Ariel* a una conclusión, le da un remate y es muy incisivo.

Ese remate, me atrevo a decirlo, es una verdad a medias, una gran verdad a medias. Era verdad en el 900 y creo que hoy todavía es verdad, a pesar de la computación, a pesar de Spielberg, a pesar de todo lo que sabemos de Estados Unidos.

Estados Unidos no es la cúspide, si es que admitimos que hay un esfuerzo civilizatorio y que hay una jerarquía de los logros de esa naturaleza, de ese esfuerzo. Esa creo que es la parte de verdad del remate jugado, del final no abierto de esta sección del *Ariel* y que es decisivo para el arielismo.

Pero decía que era una verdad a medias, porque a mi juicio, y acá está la parte de error de la conclusión rodoniana, si Estados Unidos en el 900 —y creo que en el 2000 también— no es la cúspide del esfuerzo civilizatorio, y no está cercano a la cúspide ni encaminado a ella, no es cierto que ese resultado se deba a que su sustancia es la de una democracia utilitarista.

Creo que los reconocimientos hechos al pasar deberían haber sido integrados a la conclusión. Y debería entonces haberse dicho que, si bien todavía, y no sabemos hasta cuándo, las más grandes realizaciones de la ciencia, del arte, de la filosofía, de la política incluso —dejando de lado las instituciones políticas, donde a mi juicio Estados Unidos tiene el primer lugar— no se registran en esta tierra tan generosa, también es cierto que esa civilización en sus cúspides hoy integra lo norteamericano.

Quiero decir: no se realiza ahí la culminación, pero la culminación supone la dinámica civilizatoria estadounidense, y no es que solo se difunda por los inventos de los estadounidenses o los sustentos utilitaristas de los estadounidenses, hay algo más. Entonces, presencia en la cúspide, aunque no es todavía hoy la tierra de las cúspides civilizatorias. A esto llamo una verdad a medias.

4.

A partir de ahí, *Ariel* termina dirigiéndose a los latinoamericanos. Buena parte de los latinoamericanos que se han ocupado de *Ariel* lo han interpretado como la proclamación de una diferencia con la América sajona que privilegiaría nuestro carácter latino. Creo yo que apresuradamente los latinoamericanos han interpretado que Rodó pensaba que *Ariel* era latinoamericano, o por lo menos que los latinoamericanos éramos arielistas y no calibanescos. Calibán residía en el norte y no es eso lo que dice Rodó.

Rodó dice que América Latina debe ser la patria de *Ariel*, debe inspirarse en *Ariel*, no dice que lo sea o que se inspire. Más aun, dice que muchas de las ciudades más avanzadas, más brillantes de la América Latina están prácticamente en el dominio de Calibán, ya se han convertido en patrias del utilitarismo y en algunos casos en democracias utilitaristas. El *Ariel* no es complaciente, y si es latinoamericano no es autocomplaciente; al contrario, es un desafío y tiene mucho de juicio desfavorable. Creo que esto es muy importante que hoy lo retomemos, al releerlo después de cien años.

Debemos recuperar a Rodó, debemos más bien abrirnos a la trascendencia que Rodó tiene, nos guste o no nos guste, y muchas veces, parecería, a pesar de su patria. Esa patria que lució tan extraña a Vasconcelos y podemos explicarnos que luciera tan extraña, si él vino a la patria de Rodó, a la tumba de Rodó y encontró lo que éramos y quizás en buena medida lo que todavía somos, aunque tal vez estemos dejando de serlo.

Yo digo que a Rodó hay que recuperarlo no tanto a través del arielismo, sino a través de otra cosa de su pensamiento íntegro, que de alguna manera queda anunciada plenamente en *Ariel*. Creo que casi nada de lo que luego Rodó aportaría se encuentra absolutamente divorciado de *Ariel*, es ajeno a *Ariel*, ni siquiera aquella justicia con la cultura hispánica a la que me refería antes. Todavía no es justo, pero por lo menos está la semilla que lo va a conducir, en páginas magistrales del *Mirador de Próspero*, a la justicia con esta tradición que es el sustento de buena parte de nuestras raíces, de la mayor parte de nuestras raíces.

Tenemos que rescatar entonces, más que el arielismo, el pensamiento de Rodó. Queda feo decir *rodonianismo*, pero sería ese más o menos el término; o sea, el Rodó posterior y *Ariel* como anuncio y no como epítome de Rodó. No está todo Rodó en *Ariel*, está simplemente anunciado o anticipado; hay que leer íntegramente a Rodó. Hay que leerlo, desde luego, como un maravilloso prosista dentro de su estética, dentro de su poética. Tenemos que luchar permanentemente contra el "Rodó aburrido", el "Rodó anticuado", etcétera. Rodó no es aburrido ni anticuado; al contrario, es uno de los escritores dotados de

mayor potencia sísmica, sin duda, de América Latina y del siglo XX, al menos considerado dentro de lo que yo conozco.

Pero hay que ir también más allá del Rodó escritor. Hay que captar también que Rodó era un político, un profeta político, no un conductor político. Quiso serlo, fue un militante político, es interesantísima la experiencia de política práctica de Rodó que uno observa a través de una memoria de Julio María Sosa, compañero en la adolescencia de militancia política en el Partido Colorado.¹ También es muy importante la labor parlamentaria de Rodó. Pero Rodó no tiene evidentemente su magnitud mayor en la política práctica, si en pensar la política y en abrir horizontes, en llevar los horizontes adonde no podrían llevarlos seguramente otros.

Escritor, político, pensador abstracto... No digo *filósofo*, no creo que haya sido específicamente un filósofo, aunque era culto en filosofía, pero creo que sí es un importante constructor de nociones abstractas y de categorías de análisis histórico y de análisis literario (esto está muy reconocido), y ni hablar de análisis cultural, político y social. Y ahí tendremos entonces la plenitud de Rodó y nos recontraremos con los que reconocen a Rodó mucho más allá de lo que los uruguayos lo reconocemos.

5.

Termino diciendo que en ese Rodó, y no en el de *Ariel*, encontraremos lo que ha destacado Arturo Ardao en el *José Enrique Rodó* de 1971 de Biblioteca de Marcha. Rodó, sostiene Ardao, elaboró después de *Ariel* una pauta o un programa de crecimiento cultural de América Latina que es al mismo tiempo netamente realista, consciente de lo que teníamos y no teníamos entonces —que no es muy distinto de lo que tenemos hoy, a mi juicio—, pero tanto como realista es un programa ambicioso.

Rodó, según Ardao —y esto se comprueba en su enorme correspondencia, que es la correspondencia de un operador cultural y de un creador de redes— propuso a América Latina *recibir selectivamente*. Fijense qué pronto se dice, qué sencillo es y sin embargo cómo junta los pies en el suelo y la ambición muy alta, el horizonte mucho más adelante de lo que cualquier otro lo podría poner: *recibir*. Todavía somos receptores, en lo cultural; desde la técnica hasta las construcciones más abstractas o los productos artísticos de mayor tras-

1 Véanse las "Memorias y escritos inéditos de un íntimo colaborador de José Batlle y Ordóñez", de Julio María Sosa, publicadas por Federico Fernández Prando en *Acercamiento a las raíces doctrinarias y filosóficas del batllismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1991, especialmente las páginas 142 y 149.

endencia, todavía somos básicamente, diríamos hoy, tomadores. Tomadores de expresiones, de cultura, de pautas, de propuestas.

Pero seamos selectivos. Al ser selectivos ya hoy, pese a nuestras flaquezas, seremos autónomos, seremos creativos. Quien selecciona ya es creativo; quien selecciona no imita servilmente: cocrea, se abre, pero transforma lo que recibe y un día sin darse cuenta emite tanto como sintoniza, transfiere tanto como toma. Recibir selectivamente, entonces, en lo artístico, en lo filosófico, en lo literario y poético, en lo político, en lo económico, en la vida de la empresa, en el consumo, en las universidades, en las pautas juveniles, etcétera.

Si recibimos selectivamente, un día seremos autónomos y tal vez lleguemos a ser centrales y a tocar la cúspide de la jerarquía civilizatoria.

Resumen

Ariel es una obra juvenil que causó un enorme impacto fuera del Uruguay. Aún hoy, Rodó es la mayor proyección del país en los grandes espacios culturales y políticos del mundo. El autor parte de la base de que Ariel es proyecto y no epitome del pensamiento de Rodó, el cual se desarrollaría en obras posteriores; germen de la conciencia latinoamericana y lo que ella genera, además de compromiso estético. La exposición discute ciertas interpretaciones corrientes de la obra y precisa el alcance de algunos de sus conceptos clave: la nordomanía, la imitación, la recepción selectiva, así como también de la valoración de la democracia y la significación de los Estados Unidos para los latinoamericanos.